

de posibles ritos de tránsito descubiertos en la Cova dels Rossegadors, utilizando como argumento y escenario los microrrelieves de los paneles rocosos de la covacha. Y es que, en efecto, la geología que rodea a una estación rupestre o la distribución de los alvéolos abiertos por la erosión eólica, por ejemplo, pudieron contribuir a generar un significado para las figuras y escenas representadas en la piedra. Así lo planteó en su día J. A. Roche Cárcel (2005) para el extraordinario conjunto de Plá de Petracos, en el que sostenía, pensamos que con sumo acierto, que en aquel santuario intervino la espectacular escenografía natural del entorno, de los farallones, para otorgar a las pinturas un carácter simbólico de fertilidad, un contenido religioso y un valor como marcador solar. Esta íntima vinculación entre arte rupestre y espacio ya fue destacada, entre otros muchos investigadores, por M. Otte (2006).

El paisaje y el entorno contribuyen a crear el ambiente numinoso entre los neófitos, propicio para que las pinturas ejecutadas y contempladas cumplan su misión de instrucción, ilustración e inmersión en los mitos vigentes en el grupo humano. Pero, a su vez, las propias pinturas realizadas sacralizan el paisaje en el que están insertadas, en una simbiosis genial entre naturaleza y obra e inteligencia humanas. La contemplación por parte del espectador, o del arqueólogo, del cautivador teatro rocoso de La Sarga (Hernández y Segura, 2002), desde cualquier perspectiva, nos ahorra mayores comentarios.